Martes 13

Juguete cómico en un acto

: : en prosa, original de : :

Jaime Porcel Sánchez

Estrenado con gran éxito en el Teatro Llorente, de Elche, el día 8 de Mayo de 1923

Imprenta de Pascual Segarra

Elche. — 1923

Martes 13

Juguete cómico en un acto

: : en prosa, original de : :

Jaime Porcel Sánchez

Estrenado con gran éxito en el Teatro Llorente, de Elche, el día 8 de Mayo de 1923

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

Imprenta de Pascual Segarra

Elche. — 1923

Esta obra es propiedad del autor, y nadie sin su permiso podrá reimprimirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA

A mi querido amigo, el actor de carácter, José M. Campos, en prueba del afecto que le profesa

EL AUTOR.

723446

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Socorro.	Asunción Sánchez.
D.ª Isabel	Josefina Sánchez.
Sinforiana	Margot Sánchez.
Casto	Antonio Maciá.
Don Claudio	José M. Campos.
Celedonio	Pedro Sánchez.

ACTO ÚNICO

La escena representa el comedor de una casa bien amueblada, como propia de señores acomodados. A derecha e izquierda del actor, puertas laterales que suponen habitaciones. Puerta de entrada al foro, y al lado de ésta un almanaque colgado que tenga escrito con grandes caracteres «Martes 13». En el centro, una mesa con objetos que dicha habitación requiere. Es el anochecer de un día primaveral. Al levantarse el telón aparece Sinforiana como limpiando los muebles. Celedonio viene por la derecha, donde indica estar la cocina. Lleva un saco en la mano.

ESCENA PRIMERA

Sinforiana y Celedonio.

CELE. ¿Me paga usté, o tengo que esperar?

SINFO. Espere un poquito el señor, que mis amos no tardarán en salir. Están en sus habitaciones.

CELE. Pues si tardaran, yo tan tranquilo; y si no salieran nunca, encantao.

SINFO. Buen negocio haría usted.

CELE. ¡Una friolera! Sé que usté es bonita, y pa vivir me bastaría sólo con mirarla. ¿Pa qué quería entonces trabajar si no tenía que comer?

SINFO. Es usted galante.

CELE. Soy galante desde que soy carbonero. Parece extraño ¿verdad? Pues es así. Allá vá la prueba. Visito a clientes hermosas como usté, que son una delicia. Y aquí viene el negocio. Las suelto un piropo, y cuanto más elogio la belleza de su cara, menos cara les parece la mer-

cancía que las vendo. Así se explica que me exceda en la galantería.

SINFO. Y luego lo pagan los señoritos. No está mal.

CELE. Es una manera de vivir. Usté me perdonará la franqueza.

SINFO. Bueno. ¿Y cuánto es este saco?

CELE. Dígale usté a los amos que esta última remesa ha subío. El saco de cincuenta kilos le costará ahora 17'50.

SINFO. Bien pagado está el piropo.

CELE. Ya sabe que a mi no me paga usté ná.

SINFO. Lo sé. Pero como soy nueva en la casa, mi obligación es regatear hasta el céntimo.

CELE. Sí, ya me había yo fijao... ¿Y usté es de aquí?

SINFO. Sí, señor, de Madrid. Pero para mis señoritos paso como que soy de Santander. Es una manera de vivir, como decía usted.

CELE. Pues yo soy de Linares, provincia de Jaén. Y estoy aquí y no me lo creo. Porque póngase usté en mi caso, y, después de estar, como he estao yo, desde los diez años hasta los treinta trabajando en una mina, que le venga uno diciendo: «Fulano, vete a Madrid, que aquello es una mina.»

SINFO. Y encontrará usted diferencia de aquella mina a esta, ¿no?

CELE. ¡Y tanta! Aquella mina era para explotarle a uno, y esta mina la exploto yo. (Pausa)

SINFO. Me parece que tardan los señoritos. Si quiere puede usted marcharse, que yo le guardaré el dinero para cuando pase otra vez por aquí.

CELE. ¡Ah! No. No se moleste. No tengo prisa. (Pausa) ¿Y usté no tiene novio?

SINFO. (Suspira) ¡Ay!... ¡Si yo le contara!... Mi historia es muy larga. ¡Novio!... He tenido dos o tres; pero con el primero me hubiera bastado para pasar la vida desahogadamente.

CELE. ¿Era rico?

SINFO. No; pero tenía un sueldo mensual de mil pesetas. Era cajero de una casa de banca muy acreditada.

CELE. ¿Y se pelearon?

SINFO. No. Murió el pobre. Y murió por falta de asistencia médica. Llamaron a los doctores del distrito y todos coincidieron en lo mismo: «Hay que operar», dijeron. Y ninguno se atrevía a ello, visto el cariz que tomaba la enfermedad. No quiero recordarlo. Era sensible que muriera un hombre que se desvivió en el cumplimiento de su cargo. Iba a perecer por falta de una operación el que a fuerza de operaciones había conquistado un nombre y un puesto envidiables. (Pequeña pausa). Después ya no he dado pié con bola. Me salió otro novio y creí que me había salido el sol. Todo lo veía de color de rosa. Hasta que un día, con su palabrería engañosa, me engatusó de una manera...

CELE. Si que es usté digna de compasión.

SINFO. No lo sabe usted, señor. ¿Y usted?...

CELE. Yo soy viudo. Y aunque me vea así, tan alegre, no envidie mi suerte, pues la desgracia me persigue desde muy joven. Ya vé usté que un hombre como yo se pué considerar como soltero, casi feliz. Pues no es así. Y lo tenía pronosticao por una gitana: «No se case usté,

que vá a ser muy desgraciao», me decía. Y efectivamente. Mi mujer murió de un parto. No hubiera querido presenciar aquel cuadro horrible. Padecí mucho.

SINFO. Y usted, después del parto, hubiera podido ser feliz con el crío.

CELE. Pues ahí está mi mayor desventura. El nene murió también. Le digo a usté que he sido muy desgraciao antes del parto, en el parto y despues del parto. (Pausa) Ahora si que ya es otra cosa. Al lao de usté me creo el más feliz de la tierra. ¿No le parece que usté y yo?...

SINFO. ¡Imposible! Usted y yo, la funeraria. (Se oyen pasos)

CELE. Los señoritos llegan. Otro día continuaremos la charla. Me ha simpatizao usté mucho.

ESCENA II

Dichos, D. Cludio y D.ª Isabel, que entran por la izquierda. El primero trae en la mano un periódico plegado.

CLAU. ¡Hola, Celedonio! Estas no son horas de traer el carbón.

CELE. Señor... No ha podido ser más temprano. Pesa sobre mí un trabajo enorme.

CLAU. (Pagando a Celedonio 15 ptas. del carbón). Ahí vá.

CELE. (Reparando en lo entregado) Ha subido, señor.

SINFO. Sí, ha subido. (Claudio, Celedonio y Sinforiana forman corro, y tras de acalorado accionar, el primero abona lo que falta, que son 2'50 pesetas).

ISA. Esta vida se hace imposible. Suben todos los artículos que es una barbaridad.

CLAU. Como continúe así la cosa, no sé dónde iremos a parar.

CELE. Yo, ya ven, no voy a regalar la mercancía. Mi

gusto sería servirles y que quedaran contentos; pero veo que no pué ser. Conque si no mandan más, hasta la otra. (Vase por el foro. Sinforiana sale por la derecha).

CLAU. Adiós, Celedonio.

ISA. Adiós.

ESCENA III

Dichos menos Sinforiana y Celedonio.

CLAU. (Desplegando el periódico) Cada vez me gusta menos este periódico. (Se sienta) Antes se podía leer porque traía alguna crónica de Zozaya. Hoy si lo compra alguien es por el papel.

ISA. (Se sienta junto a Claudio, como dispuesta a escuchar la lectura) Por lo que lo compras tú.

CLAU. Es verdad. (Lee) «Ha dado a luz dos mellizos, la Sra. D.ª Crisanta Pérez de López...» ¡Jesús!

ISA. ¡Dios mío!

CLAU. «El crimen más espeluznante que se ha registrado hasta la época, lo han cometido hoy dos sujetos enmascarados...» ¡Dios mío!

ISA. Jesús! Pero no sigas leyendo cosas tan bárbaras

CLAU. Espera, mujer, que estoy dándole una ojeada a todo esto. Para eso paga uno la suscripción. (Hace como quien lee titulares) «Hallazgo de un cadáver». «Muerte repentina». «Robo en un tren». «Catástrofe ferroviaria». «Las víctimas de la velocidad...»

ISA. Mira que en cinco lustros que somos casados y no darte por leer más que asesinatos y robos, y a lo más, novelas por entregas.

CLAU. Bien, mujer. Eso será una afición, debilidades, lo que tú quieras. Pero no olvides lo que dice

la máxima: «No solo de pan vive el hombre». Y si a corregir vamos, ya puedes empezar, que el mundo está lleno de defectos.

ISA. Pues sí que hay que empezar una vez. Porque si nuestros padres pecaron, no vamos nosotros a ser también pecadores pudiendo evitarlo.

CLAU. Bien, mujer. (Coge de nuevo el periódico y lee:) «Al pasar hoy por la calle Mayor, D. Miguel González Quiñonero...» Dice Quiñonero ¿verdad?

ISA. (Fijándose) Sí, Quiñonero dice. Miguel, nuestro hijo... ¿Lo sabrá su mujer?

CLAU. No sé; pero déjame acabar, si no tampoco lo vamos a saber nosotros. «...ha dado la rara coincidencia de desprenderse una persiana del balcón de la casa número 10...» (Y sin terminar de leer la noticia, embargado por la emoción, añade:) ¡Lo ha matado!

ISA. ¡Horror!... ¿Cómo puede ser tanta desgracia? (Sollozando) Hijo mío, ¿qué has hecho para que Dios te llame a juicio de esa forma? ¡Maldita sea la hora en que pasaste por esa calle! (Transición) Lo único que me consuela un poco, es que como has pasado tú, hubiera podido pasar cualquier otro madrileño; pero un sevillano... un sevillano no pasa.

CLAU. Mujer, cálmate y ten resignación. Así es la vida. ¿Qué le vamos a hacer?

ISA. (Pequeña pausa) Anda, llama a la chica y prepárala para recibir tan terrible golpe.

CLAU. (Llamando) Socorro, Socorro... Yo estoy para que me den eter. (Entra por la izquierda Socorro)

ESCENA IV

Dichos y Socorro. En los rostros de D.ª Isabel y D. Claudio se vé retratado el espanto. En el de Socorro, la sorpresa y la ansiedad por saber lo que ocurre.

SOCO. ¿Me llamaba, padre?

CLAU. Sí, hija. Prepárate para recibir una infausta nueva.

SOCO. Padre, ¿pero qué pasa? Madre...

ISA. Valor, hija.

CLAU. Que te has quedado viuda.

SOCO. ¡Cómo!

ISA. ¡Animal! (Socorro cae medio desmayada sobre una silla)

CLAU. Digo, no. Que se ha quedado viuda tu cuñada. Que ha muerto tu hermano. Que...

SINFO. (A los gritos que oye entra por la derecha y sale a poco) Pero ¿qué ocurre?

ISA. Que se muere nuestra hija. Que nos morimos todos. (Le hace aire)

CLAU. ¡Que te crees tú eso! No, si ya no sé lo que me digo por tarambana. Pero lo que es a mi la chica no se me muere. Yo voy por un médico ahora mismo. (Al di igirse hacia el foro vé con sorpresa la fecha que señala el almanaque y retrocede como quien trae el remedio) ¡Ya está! Pero ¿cómo no me había yo fijado en la fecha de hoy? ¡Isabel! ¡Chica, Socorro!

SOCO. (Suspira)

ISA. ¿Se te pasa ya, hija?

SOCO. ¿Dónde estoy?

ISA. Aquí, entre nosotros.

CLAU. ¿Pero no me escucháis?

ISA. Sí. ¿Qué quieres?

CLAU. ¿Qué no os habéis fijado en el almanaque? Estamos en martes 13.

ISA. Anda, pues es verdad. ¡Qué día, Dios mío!

CLAU. Todas esas desgracias que cuenta el periódico no pueden ocurrir más que en un día que sea martes y 13.

ISA. Desgracia será lo de nuestro hijo, lo del crimen espeluznante, los robos, pero lo de los mellizos no.

CLAU. Pues esa suerte que quede para los Pérez de López. Porque un par de crios a nuestra edad, para tí sería la desesperación, y para mí, darle muerte a un padre de familia, a un...

SOCO. (Que durante este corto diálogo ha pasado a la lijera casi todo el periódico, al llegar a lo de su hermano. exclama:) ¡Vivo!

CLAU. ¡Eh! ¿Cómo?

SOCO. (Cada vez más alegre) Que vive. Que Miguel vive. Que la persiana que se ha desprendido le ha dado en un pié. Mírenlo ustedes, aquí lo dice.

CLAU. Menos mal.

ISA. Demos gracias a Dios por no haber llamado aún a su lado a nuestro hijo.

CLAU. Pero nosotros no hemos de estar así cruzados de brazos; debemos ir a visitarle.

ISA. Sí, vamos; pero antes pasemos a tomar tila.

(Salen Claudio e Isabel por la derecha)

ESCENA V

Socorro y después Casto.

SOCO. Hoy parece que en esta casa anda el diablo suelto. La noticia de la desgracia de mi hermano ha revuelto nuestro hogar, y nos tiene a

todos impacientes por saber su verdadero estado. Lo que más me preocupa es la fecha en que ha venido a ocurrir; pues temo a los martes, y más si van acompañados con el número 13. Porque el martes, según reza el dicho, ni te cases ni te embarques. Además, he podido ver en más de una ocasión, y ahora se confirma de nuevo, que el martes 13 es un día fatal.

CAS. (Que entra por el foro) Chist, Socorro, ¿puedo pasar? ¿Estás sola?

SOCO. Sí, pero vete, que van a salir mis padres y te pueden ver.

CAS. Eso quiero yo, que me vean. No quiero continuar por más tiempo así. Voy a darle suelta al amor que te tengo, que no cabe ya en mi pecho de grande que es. Y no quiero que solamente lo sepas tú. Hoy lo van saber hasta tus padres.

SOCO. ¡Imposible! Hoy estamos de mal agüero en esta casa y fracasarías en tus propósitos.

CAS. ¿Y se puede saber por qué es todo eso?

SOCO. Sí; pero... calla que están ahí mis padres. Ven pronto y escóndete aquí. (Señala a la izquierda)

CAS. Es que...

SOCO. Chist. Ya me lo dirás (Empuja a Casto y éste se esconde. Isabel y Claudio cruzan la escena y se dirigen hacia el foro.

CLAU. Mira, Socorro, nosotros vamos a casa de Miguel a ver como se encuentra. Si viene alguien lo recibes y le anuncias nuestro pronto regreso. (Salen)

SOCO. Así lo haré. Si supieran que tengo un visitan-

te encerrado... Yo creo que no me porto mal. Cualquiera en mi caso haría lo propio. ¿Verdad, monín? (Mirando hacia donde está Casto) La verdad es que estoy enamorada. (Le hace señas de que entre) Ven, no temas.

CAS. (Entrando) ¿Te has quedado sola? Ahora sí que podremos estar tranquilos y hablar de nuestras cosas.

SOCO. Tú dime lo que quieras, pero perdona si en todo no pongo la atención debida.

CAS. ¿Y eso por qué? ¿Es que quieres a otro?

SOCO. ¿Ya estás con la cantinela de siempre? ¿No sabes que soy tuya y de nadie más? Te has propuesto que te lo repita continuamente y lo vas consiguiendo.

CAS. ¿Entonces?...

SOCO. Es que le ha ocurrido hoy una desgracia a mi hermano.

CAS. ¡Ah! ¿Lo de la persiana?

SOCO. ¿También te has enterado tú? ¿Y cómo ha sido? Cuéntame.

CAS. Verás. La cosa es bien fácil de contar. Que al pasar por la calle Mayor se ha desprendido una persiana de un balcón y le ha dado en un pié.

SOCO. ¿Pero él se encuentra bien?

CAS. Sí. Como ello no ha sido de importancia, después del suceso ya hemos estado en los toros. Yo no quería ir. Pero como tú sabes que Belmonte es muy amigo mío, esta tarde, cuando íbamos tu hermano y yo hacia la plaza por ver el movimiento de gente, nos ha visto el Fenó-

meno y, cuadrándose delante de nosotros, nos ha dado dos pases.

SOCO. ¿Cómo dos pases?

CAS. Sí, dos pases de favor.

SOCO. ¡Ah! vamos. ¿Y la corrida ha resultado o no?

CAS. ¡Quia! En el segundo toro se ha armado una bronca fenomenal. A la hora de tocarle a los picadores, éstos no querían entrar, vista la bravura que se traía el cornúpeto. Y el público gritaba: «¡Las varas! ¡Las varas!» En un momento ha quedado el redondel lleno de objetos. Unos tiraban botellas, otros arrojaban piedras. Hasta tu hermano y yo, por no llevar otra cosa, y viendo que las varas no parecían, hemos echado al ruedo un metro...

SOCO. ¿Un metro?

CAS. Que habíamos comprado momentos antes a un vendedor ambulante. Y aquí ha venido el final. Nosotros, al ver a la guardia civil preparada para una carga, hemos corrido hacia la puerta de salida; corrió igualmente la mayoría del público; pero el que no pudo acompañarnos en la huída fué el Sr. Ladislao, el corredor de ahí enfrente.

SOCO. ¿Y por qué?

CAS. Porque se quedó detrás hablando con un tío que le decía: «No corra, señor Ladislao, que no le pasará nada. Usted va a correr una finca.» Y, según acabo de enterarme, ha corrido la finca, y ha corrido el ridículo, porque no ha encontrado comprador.

SOCO. Pues tiene fama de gran corredor.

CAS. Sí; pero tiene más fama de otra cosa. De... (Aquí abre la mano y se la lleva a la boca, como queriendo decir que el Sr. Ladislao es un borracho) Tal vez lo haga esto la profesión que tiene. De todos modos, se ve que le gusta, le gusta.

SOCO. Pues no lo manifiesta el hombre.

CAS. Escucha lo que me contaron el otro día y te convencerás. Se hallaba el Sr. Ladislao en un bar, y era poseedor de un duro y una peseta. Fíjate bien: de un duro en plata y una peseta, en plata también. Bueno; pues en esto entran otros dos amigos suyos y empiezan a beber y más beber... En fin, que se gastaron el duro y cambiaron la peseta. (Transición) Pero hablando de estas cosas, nos olvidamos de lo principal.

SOCO. ¿Y qué es lo principal?

CAS. ¡Mujer!... lo nuestro. ¿Sabes que así no puedo continuar? Yo quiero verte todos los días, hablarte, decirte que no puedo pasar sin la luz de tus ojos, sin el fuego de tus labios, sin el aliento de tu boca... (La coge una mano)

SOCO. Sí, yo también te quiero, Casto. Pero lo que tú deseas no podremos conseguirlo hoy. Deja que pasen unos días, que pase esta racha de contratiempos, y entonces yo te aseguro que seremos felices, muy felices... (Se extasían)

ESCENA VI

Dichos y Sinforiana.

SINFO. (Que aparece por la derecha) Señorita... (Al ver a Casto exclama:) ¡Ah!

SOCO. (Sorprendida) ¿Eh?...

CAS. (Idem) ¡Oh!...

SINFO. (Turbada) Perdone la señorita. Pero no sabía que...

SOCO. ¿Qué hay?

SINFO. Nada. Como la señorita me tiene dicho que la avise siempre que regresen a casa sus padres, (Por el novio) tengo que advertir a la señorita que ya deben estar al caer.

SOCO. Está bien.

CAS. (Aparte) A esta chica parece que la he visto en otra parte.

SINFO. Y si cumplo bien, señorita, no es porque sea nueva en la casa. Con el tiempo me conocerán. ¿Desea algo más la señorita?

SOCO. Nada.

CAS. Haga el favor...

SINFO. Sinforiana.

CAS. Gracias, Sinforiana. A usted la he visto yo otra vez...

SINFO. ¡Imposible, señorito! Hace dos días que he venido de Santander y mis pies no han pisado otra casa más que esta.

CAS. (Aparte) Juraría que es la doncella que tenía don Rufo Peláez, la que se fugó con el novio el año pasado. (En voz alta) ¿Conque es usted de Santander? ¡Caramba!... (Aparte) Esta Santanderina me va a resultar falsa.

SOCO. Ya puede usted marcharse, y cuando vea venir a mis padres, déme una voz.

SINFO. Está bien, señorita. (Vase por donde ha venido)

ESCENA VII

Dichos menos Sinforiana. Después Sinforiana, Claudio e Isabel.

SOCO. ¿Y dónde has visto tú a Sinforiana que no sea en esta casa?

CAS. ¡Mujer!... Te diré. A esta chica la he visto en otra parte y no puedo decirte ahora dónde.

SOCO. Es que hay criadas por ahí que escaman a cualquiera.

CAS. Y esta debe ser una de ellas.

SOCO. ¿Es que te han dicho algo? ¿Lo has visto?...

CAS. Me han dicho, sí.

SOCO. ¡Ah, bribona!...

SINFO. (Aparece algo asustada) ¡Señorita!.. ¡Señorita! Que llegan sus padres y no me han dado tiempo para avisarla.

SOCO. ¡Imbécil!

SINFO. ¿Yo, señorita?...

CAS. (Aparte) ¡Santanderina! ¡No puede negarlo! (En voz alta e intentando esconderse) ¿Y qué hago yo?

SINFO. Ya están ahí. (Sinforiana desaparece por el foro después de entrar Claudio e Isabel.)

SOCO. Ya no hay remedio. Yo lo arreglaré todo. (Claudio e Isabel entran por el foro)

CLAU. Ya estamos de regreso.

SOCO. Y.....

ISA. Lo de Miguel no ha sido nada.

CAS. Sí, ya lo sé. (Se dá con la mano en la boca, como castigándose por meter la pata.)

CLAU. (Que no se había dado cuenta de la presencia de Casto) ¿Cómo? (A Socorro) ¿Este señor le conoce? ¿Quién es este señor?

SOCO. Es...

CAS. Soy, señor...

SOCO. Un señor... que trae noticias de la tía...

CAS. (Aparte) Pues sí que lo va arreglando. (En voz alta) Traigo noticias de la tía...

ISA. Con su permiso nos retiramos un momento. (Esta lo hace a instancias de su hija. Vanse Isabel y Socorro por la izquierda.)

CAS. Hasta luego ¿eh?

CLAU. ¿Conque ha estado usted allá? (Le indica que se siente y Casto lo hace)

CAS. Sí, señor, allá he estado.

CLAU. ¿Y qué? Estará buena ¿no?

CAS. ¡Tan buena!

CLAU. ¿Y su situación?...

CAS. ¡La pobre!...

CLAU. Pues es un animal.

CAS. ¡Muy animal!... Digo... que hace usted mal en hablar mal de una tía.

CLAU. Hermana.

CAS. Es igual.

CLAU. Usted dice eso porque no está enterado de sus escándalos. Mire usted. Esto que quede entre nosotros ¿eh?

CAS. ¿Y qué le importa a nadie este secreto?

CLAU. Dice usted bien. Pues un día, mi hermana, cuando más contenta se hallaba en nuestra casa, de cuya alegría y satisfacción participábamos todos, se fugó con un carabinero. ¡Ya vé usted! Vergüenza me dá decirlo. Mi hermaña, a pesar de ser una mujer entrada en años, pues frisaba en los cuarenta, era bellísima y de bien formado cuerpo. El carabinero, que estaba enamorado del cuerpo, lo abandonó por ser ella una coqueta.

CAS. Pues no sabía ni media palabra. ¿Conque la abandonó?

CLAU. Abandonó el cuerpo de carabineros. Ignoro si el cuerpo de mi hermana habrá corrido a estas horas la misma suerte.

CAS. (Pausa) Yo, la verdad... al principio no he querido hablarle claro por no darle una mala noticia.

CLAU. (Con aparente tranquilidad) Pues séame franco y dígame lo que sea, que en mí no hacen mella hoy los contratiempos. No olvido que estamos en martes 13.

CAS. (Aparte) Voy a matarle a la hermana. (Voz alta) Que su hermana ha muerto.

CLAU. ¿Conque ha muerto? Era de esperar.

CAS. ¿Y lo dice usted con esa tranquilidad?

CLAU. Después de lo que le he contado, ¿con qué gesto quiere usted que reciba la noticia? Era una mala mujer.

CAS. ¡Hombre!... Que se trata de una hermana, ¡caray! Y sus bienes, como no tiene herederos más próximos, irán a parar a usted.

CLAU. (Interesándose) ¿Es que ha dejado bienes? ¡Pobre hermana! ¿Y no la vió usted morir?

CAS. Sí, señor.

CLAU. ¿Sus últimas palabras serían para su hermano?

CAS. Así fué. Yo, que presencié su muerte, pude escuchar de sus labios estas frases: «Muero separada de los míos y muero satisfecha por dejarles un capital de cien mil duros. Que lo disfruten.» Y terminó diciendo: «¡Adiós, hermano! ¡Adiós, sobrinos! ¡Adiós... mi dinero!»

CLAU. Después de todo, mi buena hermana era una mujer economizadora. Porque mire usted que

ahorrar un capital tan respetable en tan pocos años que falta de aquí. (Lastimero) ¡No puede ser tanta desgracia! (Con interés) ¿Y ha dejado mucho? ¿Cien mil duros? ¡Qué felicidad! Digo... ¡qué fatalidad! Pero ¿cómo es posible? (Pausa) Bueno, hombre... (Le dá unos golpecitos en la espalda) ¿Y cómo ha sido ir usted allá?

CAS. (Aparte) ¿Que le diré? (En voz alta y turbado) Verá usted. Como mi salud está algo quebrantada, el médico que me asistió en mi enfermedad me dijo un día: «Usted necesita cambiar de clima.» Yo sabía que aquellos aires eran buenos; pues allá me fuí a que me diera el aire.

CLAU. ¡Caramba con!...

CAS. Casto.

CLAU. Castito. ¿Y cómo conoció usted a mi hermana?

CAS. No crea que es difícil de sacarla. Es el vivo retrato de usted. Sus ojos, su nariz... Un día la encontré paseándose y me dije: Esta mujer es hermana de D. Claudio. Porque yo, aunque usted no me conoce, le conozco desde hace años.

CLAU. ¿Y su fortuna no sabe cómo la ha hecho?

CAS. (Siempre turbado) ¿Su fortuna? Le diré, le diré. Aunque está algo mal adquirida, usted no debe rechazarla.

CLAU. ¿Cómo mal adquirida?

CAS. Me explicaré. El capital que posee de cien mil duros es aparte de otro capital que tiene en alhajas. (Aparte) ¡Vaya un lío!

CLAU. ¡Ah! ¿Conque tiene en alhajas?...

CAS. Sí, señor. En un Monte de Piedad ha sido

donde más la he visto. Allí iba a desempeñar prendas por poco más de nada. Compraba las papeletas de empeño en una casa de juego, donde sucumbían los dominados por el vicio. En una de estas casas, que era la que más visitaba su difunta hermana, habían dos partidas: una de monte y otra de ruleta. Así ha hecho su fortuna y ahí está todo el trabajo que ella realizaba. Cuando no estaba en la ruleta, estaba en el Monte.

SINFO. (Entrando) Señorito...

CLAU. ¿Qué hay?

SINFO. Una carta para el señorito. (Entrega la carta y vase)

CLAU. ¿Otra desgracia? (Rasga el sobre y lee) «Querido hermano.» Y la firma... «Isidora González.» ¡Mi hermana!

CAS. (Aparte) ¡Arrea! (En voz alta) Lea usted a ver. Puede que esa carta la haya escrito antes de morir.

CLAU. Veamos y sea lo que Dios quiera. (Lee) «Después de algunos años de separación, te escribo la presente para pedirte perdón por mi pasado. Ya ves que me dirijo a tí en tono suplicante. Me encuentro en la más espantosa miseria. Y sería un crimen que dejaras perecer de hambre a una hermana. ¿Qué diría la gente? Quiero restituirme al hogar tuyo, donde pasé mis mejores años. Para esto necesito bien poco: quinientas pesetas, que es lo que podrá costar el viaje de mis tres hijos y el mío, y el transporte de algunos muebles.» (Se pasea furioso de un lado a otro) ¡Esto es inaguantable! Hoy hago una barbaridad.

CAS. (Aparte) La hemos hecho buena. (Cuando llega don Claudio al lado en que está Casto, éste dice suplicante) Señor... yo...

CLAU. (Que del disgusto que tiene, se olvidaba de la presencia de Casto) ¡Ah! Pero ¿aún estaba usted aquí? Usted es un farsante, un canalla.

CAS. ¿Yo?...

CLAU. ¿Quién es usted? Usted va a morir. (Coge una silla y se dirige hacia Casto amenazador)

CAS. ¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Que me matan! (A los gritos de Casto acuden Socorro, D.ª Isabel y Sinforiana)

ESCENA ÚLTIMA

SOCO. ¿Qué hace, padre?

ISA. Pero ¿qué pasa?

SINFO. ¿Qué ocurre?

CLAU. ¿Quién es este señor?

SOCO. Perdón, padre, que es mi novio.

CLAU. Entonces ¿por qué antes me dijiste?...

SOCO. Por salvar aquella situación.

CAS. Sí, por salvarnos.

CLAU. Pues ha sido usted un embustero, un bribón...

SOCO. Padre... que nos amamos mucho.

ISA. Perdónalos, que se aman.

CLAU. Perdonados estáis. Pero ¿y esto? (Enseñando la carta) Esto no tiene perdón. (Isabel coge la carta y la lee en voz baja, formando grupo entre Socorro, Sinforiana y Casto) ¡Bonito papel haría yo si admitiera en mi casa a una mujer así, a una perdida! ¡No! ¡Imposible! Que no venga, que no venga, que no respondo de lo que pueda ocurrir. (Cada vez más acalorado) ¡Quinientas pesetas!... ¡Menudo jaleo te iba yo a armar por... (Los del grupo después d leer la carta exclaman)

ISA. ¡Oh! Esto no puede ser.

SINFO. Sí que es desgracia.

CAS. (A Socorro) ¡Vaya una tía!

SOCO. ¡Qué día, Dios mío, qué día!

CLAU. Sí; lo sé hija. Para los desgraciados, todos los días son martes 13. Este ha sido para mí el peor de mi vida.

SOCO. Pues la alegría, sólo puede volver a nuestro hogar de una forma.

CLAU. (Tranquilizándose) Dila.

SOCO. Dándonos usted autorización para casarnos. (Por Casto)

CLAU. Si queréis realizar la última desgracia, sea lo que vosotros queráis.

SOCO. Gracias, padre.

CAS. (Estornuda)

CLAU. ¡Jesús!

CAS. Gracias, padre. (Socorro y Casto se cogen las manos amorosamente. Lo mismo hacen Isabel y Claudio. Y Sinforiana, al verse sin pareja, se dirige al público)

SINFO. Yo me despediré de los señores.
Y tú, público selecto,
aplaude, si lo merece,
la labor que ha realizado
el autor de «Martes trece».

TELÓN.

UNA Peseta